

de Dios Juana de Cifuentes, que estando en el secreto de su Oratorio hablando con su Magestad en la contemplacion al tiempo que espirò el Venerable, sin poder contener la abundancia del gozo de que se llenò su espíritu, prorrumpiò en alta voz: *Bienaventurada la alma, que ahora sale del cuerpo, pues se ha ido à gozar de Dios.* Los domésticos, que la oyeron, acudieron al dicho lugar, y al encontrarla llena de lágrymas, sobre la novedad del clamor antecedente, le preguntaron el motivo; mas ella profiguiò expressandose en estas palabras: *Libre de embidia, pues goza ya la gloria esta alma por quien doblan, dexando en San Francisco el rico thesoro de su cuerpo.*



CAPI-

CAPITULO III.

De las maravillas, que obró Dios en el Cuerpo del Venerable Aparicio, antes que se le diessse sepultura.



LEGADA la mañana del Sábado veinte y seis, habiendo baxado el cuerpo à la Capilla mayor, y concluido el Oficio, y Missa de cuerpo presente, comenzò à ocurrir el Pueblo en tanta multitud, y con tales demostraciones de devocion àcia el Santo Cá-

daver, que dentro de mui poco tiempo fuè necesario se le vistiessen quatro, ò cinco Hábitos, por no serle possible à los Religiosos resistir la violencia de los que se llegaban (luego que era preciso cubrirle de nuevo) à desnudarle.

Augmentaba el assombro, y con èl la veneracion de los concurrentes, el ver, que para haver de vestirle los dichos Hábitos, lo sentaban, y movian con la misma facilidad, que à un cuerpo vivo. Los Religiosos, que advirtieron el incremento, que por instantes tomaba la devocion, y los excessos, que se debian temer, si passaba los limites de discreta, trataron de darle luego sepultura; para lo qual, sacandole de las Andas, lo pusieron sobre la tierra. Pero

Z

eran

eran mui distintos por entonces los designios de la Providencia Divina.

Puesto en el suelo el venerable Cuerpo, se arrojò sobre él un antiguo amigo del Santo Hombre, y con lágrymas, y clamores, le dixo: *Padre Aparicio, deme la mano, y supliquele à Dios me perdone mis pecados.* Y desatandole un cordel, con que tenia atados los brazos por las sangraderas, al volver à tomarle la mano derecha (que antes tenia cerrada, y aunque havia hecho diligencias por abrirla no havia podido) la hallò estendida: y despues de haverla besado, y llegado à los ojos, exclamò: *¡Señores, miren como suda este Cuerpo, como si no estuviera difunto!* Al oír esto los Religiosos, le dixerón, que callasse, por no causar mayor commocion en el concurso; pero el efecto fuè, el que levantasse mas, y mas el devoto hombre el grito.

A su eco se acercaron todos los Religiosos, y entre ellos el R. P. Rector del Colegio de S. Luis con otros cinco Compañeros del Orden de N. P. Santo Domingo, que certificaron de nuevo el prodigio; advirtiendo igualmente, assi la blandura, y suavidad de las carnes, como la extraordinaria fragancia, que de sí exhalaba el bendito cuerpo. A vista de lo qual lo volvieron à las Andas, y puesto sobre la peana del Altar mayor, no huvo alguno de los circunstantes, que no procurasse aprovecharse en el modo possible de aquel prodigioso sudor, que se estimò desde luego por un efficacissimo remedio contra qualquier especie de enfermedad.

No satisfecha con esto la santa ambicion del Guardian, dixo à un Barbero, que se hallaba inmediato al mismo cuerpo, le cortasse la uña de un de-

do del pie, para reservarla, y llevarla siempre consigo; mas habiendo cortado à mas de aquella, alguna parte de la carne, brotò la sangre tan fresca, y encarnada, como pudiera de un cuerpo vivo. Admirado el referido Guardian del prodigio, hizo que lo authenticasse un Notario; que con un Alcalde Ordinario llegò dentro de pocos instantes despues de lo acaecido, diciendo: que hallandose en la Plaza les havia dicho à los dos un Joven, que el P. Guardian de San Francisco los necesitaba; siendo considerable la distancia, que hay de aquella al Monasterio; por lo que se creyò piadosamente, que el Ministro de la embaxada fuesse algun Angel.

Quatro dias se mantuvo el Cádaver insepulto, y en ellos fueron tan numerosos como raros los portentos, con que quiso glorificar la Omnipotencia à su Siervo Sebastian. El toque lúgubre de las campanas, y que debia excitar sentimientos de tristeza, no solo causaba un gozo inexplicable en los que le oían; sino que extendiendo su sonido à parages hasta donde se tenia por imposible, que alcanzasse, violentò à muchos à venir à la Ciudad en los dichos dias, los quales asseguraban ser un repique solemne lo que percibian; y assi sin saber otra cosa, venian à ella, diciendo: *Vamos à ver al Santo, que ha muerto en S. Francisco.*

Entre ellos fuè uno Juan Nuñez, que llegando à él, le reconvino con la palabra, que le havia dado en esta vida, de que lo encomendaria à Dios en passando à la eterna: à cuyo tiempo levantò un brazo el difunto, en señal por sin duda de que le ratificaba la promessa. A Francisco Nuñez favoreció tambien con abrir los ojos, y mirarle. Y para con-

firmacion mas authéntica de tantas maravillas, à mas de la repeticion del sudor, y destilacion de la sangre, hizo el Señor, que al cortarle un dedo de la mano, se le estremeciese todo el cuerpo. De todos, y cada uno de estos prodigios se examinaron, aun estando el venerable Cádaver sobre la tierra, innumerables testigos de vista: y aunque fueron veinte y uno los que declararon haver conseguido repentinamente la salud con su contacto, procuraremos satisfacer la devocion refiriendo precissamente los siguientes.

Mas de ocho años hacia, que estaba padeciendo un vehemente dolor de estómago, acompañado de otro de hijada, Doña Anna Peñafiel, y habiendo ido à la Iglesia de N. P. S. Francisco el dia despues de la muerte del Venerable, se le aumentaron alli de fuerte, que temió ser llegada su última hora. Baxaban à este tiempo à la misma Iglesia el Santo Cuerpo; y llegando à las Andas con el mayor fervor, y devoto afecto, aplicandose al estómago un pie del Siervo de Dios, se hallò instantaneamente del todo sana.

Doña Clara Seròn havia estado enferma de una gravíssima fluxion à un ojo, que no solo la atormentaba con el mayor rigor; pero aun le amenazaba la pérdida del mismo. Y despues de haver experimentado la ninguna eficacia de los remedios del arte, habiendo oído las maravillas, que estaba obrando Dios por medio de su Siervo Aparicio, se fuè à la Iglesia de N. P. S. Francisco, donde estaba expuesto su venerable Cuerpo, y logrando su fé, y devocion tomarle una mano, se la aplicò al ojo enfermo; con cuya diligencia quedò en el mismo punto perfectamente buena.

Una

Una niña de nueve años, hija de Martin de Nava, y de Doña Maria Veraztiguí, havia nacido paralytica, de fuerte, que todo el lado izquierdo, desde la mano al pie, lo tenia tan immovil, que ni podia abrir aquella, ni juntarla con la derecha; y quando andaba era arrastrando aquel, exponiendose à caer siempre que se queria afirmar sobre el, ò apressurar el passo. Llegò à noticia de esta la fama de los successos milagrosos del Santo Cuerpo; por lo que rogò à su Madre, la llevase à visitarlo. Hallabase ya aquel en el Presbyterio colocado en una Caxa de madera, à la que se havia dexado abierta una pequeña ventanilla: entrò por ella la niña la mano, que luego comenzò à estender, y abrir, y cerrar con toda expedicion, y dentro de breve tiempo consiguió su total, y perfecta sanidad.

Doña Maria Isabel de Velasco padecia una asma tan penosa, que no solo le impedia la respiracion; sino que daba claros indicios de degenerar en hydropefia de pecho. Un hijo de la dicha Señora fuè à la Iglesia; pero à tiempo, que ya havian enterrado al Venerable; bien que tuvo la fortuna de conseguir un pedazo de cinta, con que havian atado unos Rosarios, que se havian tocado al Santo Cuerpo; llevòlo aquel à la afligida Madre, y lo mismo fuè aplicarselo esta al pecho, que quedar buena, y libre en adelante de la peligrosa molestia de semejante enfermedad.

Alonso de Avila Barrientos havia siete, ò ocho meses, que padecia de frios, y calenturas cotidianas, sin haver conseguido el menor alivio despues de muchos remedios, que le havian aplicado. Y habiendo ido, aunque con mucho trabajo, à

causa

causa de su suma debilidad, à la Iglesia de nuestro Convento, y hallado en la Capilla mayor el bendito Cuerpo, besò sus pies; con cuya diligencia, no solo quedò sano del dicho accidente, sino que dentro de mui breve tiempo convalenciò.

A Alonso Lopez se le llagò de tal fuerte el rostro, y boca, que se havia puesto como un horrendo monstruo, todo hinchado, y los labios de dos dedos de grueso, à que se agregaba una penosa calentura. Al tercer dia de muerto el Siervo de Dios fuè à visitarlo; y aunque con mucho trabajo, por lo numeroso del concurso, logrò llegar hasta el Atahud; y entrando en èl la cabeza, y juntando su rostro, y boca con la del Venerable, haviendose detenido despues à oir Sermon en la misma Iglesia, acabado èste, se acordò de la enfermedad, con que havia entrado; pero ni la menor señal encontrò de ella.



CAPI-

CAPITULO IV.

De una Azuzena nacida prodigiosamente para testificar la santidad del Siervo de Dios Aparicio, y nuevas maravillas acaecidas en su entierro.



UANDO assaltado de la última enfermedad se retiraba Aparicio al Convento de la Puebla, afligido de la sed, llegò à pedir por amor de Dios un poco de agua à una Casa à la entrada de la misma Ciudad. Sirviòle una Criada en aquel mismo Jarro de que usaba la Señora en demostracion de su mayor respeto al suplicante; y haviendo satisfecho èste su necesidad, se despidiò al punto diciendo: *Quedaos con Dios, Hermana, que me voy à morir à la Enfermeria.* Luego que volviò la espalda el Santo Varon, comenzò la Ama à reprehender à la comedia Moza sobre haver echado mano del Jarro, en que ella bebia, para aquel Frayle viejo lleno de babas; desahogando por último su cólera, con mandarle lo arrojasse al instante al Corral; lo que executò sin réplica la obediente Criada.

La universal commocion, y alegría, que pasados cinco dias de aquel suceso, ocupaban los corazones

zones de los vecinos de la Ciudad, obligaron à la dicha Señora à informarle, y con instancia, de su motivo; y habiendo sabido, que era el de haver muerto en San Francisco un Religioso Lego de singular virtud, por cuyos méritos estaba obrando su Magestad muchos prodigios, cerciorada por las señas de ser el mismo, que havia llegado en la dicha ocasion à la puerta de su Casa; despues de haver expuesto, no sin demostraciones de sentimiento lo sucedido, se fuè al Corral à buscar los tientos del Jarro, con ánimo de guardarlos como reliquias; mas en vez de los que procuraba, no solo encontró aquel sin la menor lesion; sino que havia brotado una hermosa, y fragran- te Azuzena en aquel mismo lugar, en que havia pue- to la boca aquel Santo Viejo, que havia sido el objeto de sus ascos.

Tomòle luego con la mayor reverencia en las manos, y regando la Azuzena con la mas her- mosa lluvia de sus devotas lágrimas, se partiò con èl al Convento à publicar delante del Cuerpo del Venerable Padre, assi el milagro de este, como la propia culpa de no haver hecho la debida estima- cion de su persona.

La nueva commocion, que causaba en la mul- titud cada uno de los sucessos prodigiosos, que se iban augmentando, y el temor de que fuesse mayor el destrozo del Santo Cuerpo, que el de cortarle la barba, los cabellos, las uñas, y los dedos de las ma- nos y los pies, que sin que fuesse possible à los Re- ligiosos impedirlo, se havia ya executado, hizo aun- que à costa de una grandíssima violencia, que lo pas-assen de la Iglesia à la Sacristia.

Asegurado en ella, recibió solemne infor- ma-

macion de orden del Illmò. Sr. Obispo D. Diego Ro- mano D. Melchor Marquez de Amarilla, Racionero de la Santa Iglesia de Tlaxcala, Visitador General, y Juez de Testamentos, y Comissario deputado para esta Causa, que authorizó como Notario Público An- tonio Hernandez, de todos los prodigios, que se ha- via dignado obrar el Omnipotente, en honra y glo- ria de su Siervo Aparicio.

Concluida con la debida formalidad esta di- ligencia, consultaron entre si los Superiores el mó- do, y orden, que se debia observar para dar al Santo Cuerpo decorosa, y segura sepultura; y habiendose acordado se solemnizasse su entierro, no con aque- llos Psalms, y preces lúgubres, con que se sufraga à los difuntos adultos; sino con los que acostum- bra la Iglesia celebrar el tránsito feliz, que de la tierra al Cielo hacen los párvulos; habiendo en- tonado el Hymno *Te Deum laudamus*, y carga- do el Cuerpo los Prebendados de aquella Iglesia, y Prelados de las Religiones, se formò una lucida, y festiva Procession la tarde del Domingo, compuesta de ambos Cavildos, Eclesiástico, y Secular, y casi todo el Clero de la Ciudad, assi Secular, como Re- gular.

Al terminar la devota funcion, habiendo pue- to las Andas en el Presbyterio, se acercò, à ellas Antonio Perez, Maestro de Sastre, quien hacia mas de dos años, que no exercia su oficio, por tener del todo baldada una mano, la que le havia maltratado un alcabuz al dispararlo; y logrando ponerla sobre el rostro del Siervo de Dios, la iacò buena, y sana.

Satisfecho finalmente el oficio, que hizo el Sr. D. Rodrigo Nuñez, Theforero de aquella Santa

Iglesia, al ir à introducir el sagrado depósito en el lugar, que se le havia preparado entre la pared, y el Altar de Nra. Srà. la Conquistadora, se arrojò sobre èl un hombre tullido, que andaba con dos muletas, suplicandole le alcanzasse de Dios la salud, y alegando para ello haver sido en vida su amigo, y socorrido muchas veces con su limosna. Reprehendiòle el Guardian la accion como indecorosa; mas el enfermo, lleno de la mayor confianza, le respondió: *No importa, Padre, que el Santo me hà de dar salud, ò aqui me han de enterrar con èl.* Al acabar de pronunciar estas palabras, se encontró con el premio de su fé, saliendo à vista, y con assombro de los innumerables asistentes por su pie, y con la mayor expedicion de la Sepultura.

Desde aquel dia hàsta el Martes veinte y nueve del mismo mes, en que se reconociò, que se conservaba blanco, oloroso, y flexible, se mantuvo el venerable Cuerpo sin que le cubriessen de tierra, aunque reservado en el Sepulcro. Mas en la noche de aquel, no solo lo enterraron; sino que le echaron encima diez y ocho espuestas, ò huacales de cal, medio que permitió la Providencia, para hacer mas visible lo prodigioso, y admirable de la

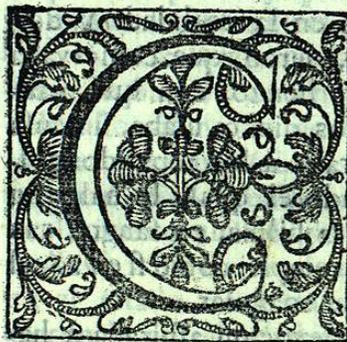
incorruptcion, con que le encontraron despues,



CAPITULO V.

CAPITULO V.

De otros prodigios, que obró Dios por medio del Cuerpo, y Reliquias de su Siervo Aparicio, y de algunos testimonios authénticos de su maravillosa incorruptcion.



ERCA de cinco meses despues de sepultado del modo dicho, y sin el menor resguardo contra la corrupcion, el Santo Cádaver, llegó visitando esta Provincia del Santo Evangelio, al Convento de la Puebla el R. P. Provincial Fr. Buenaventura de Paredes; y queriendo informarse por sí mismo del estado del sagrado depósito; à las ocho de la noche del dia diez y nueve de Julio convocò secretamente, assi al Guardian del referido Convento, como à otros de los comarcanos, que en èl se hallaban, y algunos otros Religiosos graves, y discretos, para que en su presencia se executasse la apercion del Sepulcro del Venerable.

Luego que se empezó la escabacion, comenzaron tambien à percibir los Religiosos un olor suavissimo, y empeñandose con este nuevo aliento la devocion à descubrir el origen de la fragancia; ò nimiamente fervoroso, ò poco recatado el Hermano